

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Transformaciones recientes en la industria argentina del libro (1990-2000).

Roberto Algasi.

Cita:

Roberto Algasi (2013). *Transformaciones recientes en la industria argentina del libro (1990-2000)*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/413>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X Jornadas de sociología de la UBA

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI - 1 a 6 de Julio de 2013

Mesa: N° 38 – Viejos y nuevos intermediarios culturales: Prácticas, imaginarios y saberes; Título de la ponencia: *Transformaciones recientes en el espacio argentino del libro (1990-2000)*; Autor: Algasi, Roberto Andrés; IIGG-FSOC-UBA

Introducción

Como sucede habitualmente con los temas que no son considerados prestigiosos según las distintas disciplinas que integran el ámbito de las ciencias sociales, la historia de los libros, las ediciones y las editoriales de Argentina es una historia que lentamente ha comenzado a ser contada recién en los últimos tiempos. En contraposición con la historia de las ideas –que sí representa el paradigma de una perspectiva teórico metodológica prestigiosa-, la reconstrucción de la historia de los dispositivos materiales y de las condiciones (económicas y políticas) de existencia de los bienes culturales ha sido en nuestro país un trabajo periférico y fragmentario. Generalmente, la historia de los libros, las ediciones y las editoriales de Argentina se ha subsumido como una parte menor, dentro de la historia de los géneros literarios, de las obras de autores o de los movimientos intelectuales, y además hasta hace poco tiempo, ha sido escrita por fuera de los ámbitos académicos, o sea por los propios participantes: editores, libreros, bibliotecarios, bibliógrafos, etcétera.

No obstante, poco a poco este tema ha comenzado a ganar mayor importancia dentro del ámbito de las ciencias sociales, tanto nacional como internacionalmente. En este sentido, nuestra intención es contribuir con el progreso de este espacio de reflexión. Una pregunta inicial, acerca de la naturaleza del objeto-libro, puede ser útil para abrir y propiciar el trabajo de indagación. Al respecto, según Bourdieu (1999) el libro es un objeto “dual”, simultáneamente económico y cultural al ser “a la vez mercancía y significación”. Por su parte, el editor es también un personaje dual “que debe saber conciliar el arte y el dinero, el amor a la literatura y la búsqueda de beneficio” (Bourdieu, 1999: 242). Asimismo, el libro es objeto de las políticas culturales que son promovidas por diferentes organizaciones e instituciones, sean públicas, privadas o del “tercer sector”. Estas políticas culturales referidas al libro, pueden ser entendidas como el conjunto de acciones programáticas, pensadas y llevadas a la práctica por alguna organización o institución, y orientadas a la conservación y propagación del libro al interior de una determinada sociedad. Con lo cual, las dimensiones de lo económico, de lo político y de lo cultural son igualmente constitutivas del objeto-libro.

En cuanto a la estrategia de análisis de la presente ponencia, ella consistirá en colocar el tema de los libros, las ediciones y las editoriales de Argentina, en línea con tres horizontes diferentes. En primer lugar, en línea con un horizonte teórico, o sea con una disciplina que tiene mucho que decir acerca de las industrias culturales o industrias creativas, y en particular acerca de la industria del libro: nos referimos a la economía de la comunicación y la cultura. En segundo lugar, en línea con un horizonte conceptual, o sea con una noción que puede contribuir a la dilucidación de nuestra problemática: nos referimos a la globalización. Y en tercer lugar, en línea con un horizonte empírico, o sea con lo específico y concreto, ahora sí, de la industria argentina del libro, particularmente con sus transformaciones recientes.

La economía de la comunicación y la cultura como prisma desde donde observar la industria argentina del libro

El proceso de convergencia tecnológica en las actividades de información y comunicación, el hecho de que los dispositivos informacionales y comunicacionales sean cada vez más determinantes en la estructuración de las sociedades contemporáneas, la tendencia de las industrias culturales a constituir mercados oligopólicos a nivel mundial –integración vertical y horizontal, concentración, centralización y transnacionalización del capital-, y la existencia de políticas y legislaciones que contribuyen a la liberalización, la comercialización y la privatización en diferentes países, son algunos de los elementos fundamentales con los que la economía de la comunicación y la cultura como disciplina debe tratar al momento de efectuar sus investigaciones. El objetivo del presente apartado consistirá entonces en puntualizar algunos trabajos académicos elaborados desde dicha disciplina, que si bien no están necesariamente referidos de forma directa al tema de la industria del libro, indirectamente lo incluyen o sus reflexiones pueden ser aplicadas para entender su funcionamiento y dinámica.

Al respecto, un autor importante que puede ser recuperado para el análisis de la industria del libro es Vincent Mosco. En uno de sus artículos define a la economía política¹ de dos formas: como “el estudio de las relaciones sociales, particularmente las relaciones de poder, que mutuamente constituyen la producción, distribución y consumo de recursos, incluidos los recursos de comunicación”; y en una definición más generalizadora, como “el estudio del control y la supervivencia en la vida social” (Mosco, 2006: 59), mientras los procesos de control son esencialmente políticos, los de supervivencia son económicos.

¹ Existen diferentes líneas de pensamiento que dinamizan a la disciplina de la economía política. Podemos enumerar entre ellas, a la teoría neoclásica –aunque progresivamente, esta perspectiva ha reducido su interés por cuestiones que son esenciales para la economía política (según Mosco: la historia, la totalidad social, la filosofía moral y la praxis social), con lo cual, ha dejado de ser “economía política” para ser simplemente “economía”-, a distintos acercamientos neo marxistas –la teoría francesa de la regulación (Michel Aglietta, Robert Boyer y otros), o la teoría de los sistemas mundiales (Immanuel Wallerstein y otros)-, a distintos acercamientos neokeynesianos y neoschumpeterianos, etcétera.

Asimismo, algunas de las problemáticas más importantes que han sido trabajadas desde la economía política de la comunicación se relacionan con la cuestión de la concentración económica de las industrias culturales y mediáticas –fusiones y adquisiciones que configuran poderosos grupos empresariales a su vez controlados por núcleos financieros (podremos verificar esta situación por ejemplo, cuando analicemos con mayor detalle la composición de la industria argentina del libro)-. Dicho fenómeno atañe a cuestiones no directamente económicas, como por ejemplo la credibilidad, la diversidad y la calidad de lo producido. Ahora bien, tal como dice Bernard Miège (2006), la economía política de la comunicación tiene un interés privilegiado aunque no exclusivo por la cuestión de la concentración económica. Por otra parte, si la concentración económica es claramente una tendencia predominante, según Miège sus consecuencias no pueden en cambio observarse de forma tan clara, entre otras cosas porque ellas se manifiestan no tanto en la corta duración sino en la larga duración, y no de forma simple sino compleja, porque la concentración económica no necesariamente implica cambios en las empresas individuales que constituyen los poderosos grupos empresariales, ni un debilitamiento de las producciones independientes, nacionales o regionales, y porque la mercantilización no necesariamente implica una industrialización de los contenidos. Al respecto, Miège cita un trabajo de Christian Robin que investiga las consecuencias de la utilización de herramientas de gestión (*management*) en la industria francesa del libro. Su conclusión es que ellas no obstaculizan necesariamente –en contra de lo que supone el “sentido común” de editores y público- la producción de proyectos ambiciosos ni limitan necesariamente la creatividad e inventiva de los escritores, aunque una excesiva racionalización sistemática sí podría llevar a “decisiones irracionales y contra-productivas, especialmente en literatura” (Robin citado en Miège, 2006: 160).

Por último, Martín Becerra y Guillermo Mastrini (2006) analizan los estudios en economía política de la comunicación, retomando críticamente los aportes fundamentales de Heriberto Muraro (1987). En este sentido, si Muraro concentraba su mirada en Latinoamérica, para los autores actualmente es necesario ampliarla hasta Iberoamérica, debido a dos factores: uno intelectual y otro económico. El primero, por la existencia de ámbitos de colaboración académica en relación con investigaciones referidas a temas de comunicación y cultura, entre los países latinoamericanos, España y Portugal. El segundo, que para la presente ponencia es más importante respecto del factor anterior, por la presencia de capitales dominantes –empresas transnacionales de origen ibérico, en particular como observaremos posteriormente, algunas de las editoriales más importantes de Argentina- en el sector informacional y comunicacional latinoamericano.

La noción de globalización como instrumento heurístico para la comprensión de la industria argentina del libro

El tema de la globalización resulta muy significativo para nuestro objeto –la industria argentina del libro-, debido a que las más importantes empresas del

sector son propiedad de capitales extranjeros. Efectivamente, según Claudio Rama (2003: 131) en Argentina “encontramos un claro ejemplo del proceso de globalización traducido en la desnacionalización de sus editoriales”. Al respecto, en los últimos tiempos el fenómeno de la globalización ha sido trabajado por una infinidad de autores y desde una diversidad de perspectivas, y ha sido analizado en sus dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales, como así también en el juego de lo intra-nacional y lo inter-nacional. Ahora bien, aunque dicho fenómeno de la globalización se expresa en una multiplicidad de dimensiones, ciertamente es en lo económico donde se verifican sus efectos más espectaculares. Reconociendo este último dato, Manuel Castells en *La era de la información: economía, sociedad y cultura: la sociedad red* (2006) analiza las consecuencias del surgimiento de una nueva economía, que el autor define como informacional y global. Es informacional porque la productividad y competitividad de las empresas y los países dependen de la aptitud para generar, procesar y aplicar eficazmente la información y el conocimiento. Es global porque la producción, el consumo y la circulación están organizados en una dimensión planetaria, si bien esto resulta en una estructura muy asimétrica de recursos. Esta nueva economía apareció recién en el último cuarto del siglo XX porque su condición necesaria fue la revolución tecnológica de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Siguiendo a Castells –aunque dejando la perspectiva propiamente económica para incluir aquí una mirada más histórica y antropológica-, podemos decir que lo que ha cambiado en el último cuarto del siglo XX no es tanto el género de actividades en que participa la humanidad, sino su capacidad tecnológica para utilizar como fuerza productiva directa aquello que distingue a nuestra especie como rareza biológica, es decir, su capacidad de producir símbolos y de entenderse por medio de símbolos. La mediación tecnológica ha dejado de ser meramente instrumental para densificarse y convertirse en estructural. Radicalizando la experiencia desestructurante originada por la modernidad, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación deslocalizan los saberes, modificando así el estatuto cognitivo e institucional de las condiciones de producción y apropiación del saber, haciendo desaparecer además las fronteras entre razón e imaginación, conocimiento e información, saber experto y saber común o cotidiano. La aparición de saberes dispersos y fragmentados alude a un proceso de descentramiento, a un conjunto de experiencias que remiten a una producción y circulación de saberes por fuera del dispositivo-libro. Desde la invención de la imprenta de Johannes Gutenberg hacia 1450 aproximadamente, el dispositivo-libro había configurado la práctica educativa sin mayores cambios, hasta la aparición de internet y del hipertexto. Por lo tanto, el saber se ha descentrado actualmente en relación con el que había sido su principio estructurador durante los últimos cinco siglos. El dispositivo-libro había impuesto no sólo a la escritura y a la lectura, sino también al entero proceso de enseñanza y aprendizaje, una linealidad secuencial de izquierda a derecha –tanto física como mental- y una verticalidad de arriba-abajo –tanto espacial como simbólica-. En cambio, actualmente estamos ante un descentramiento que para muchos puede resultar culturalmente desconcertante, y

cuyas consecuencias aun no estamos en condiciones de comprender por completo.

La industria argentina del libro

La industria del libro participa de un sector económico denominado habitualmente como “industrias culturales” o “industrias creativas”. En lo que concierne al tema de la presente ponencia, sería significativo poder determinar la importancia relativa que tiene la industria argentina del libro, primero en relación con las otras industrias culturales o industrias creativas del país, y segundo en relación con el PBI. Lamentablemente, para estos temas –como para muchos otros- la posibilidad de encontrar información disponible y estadísticas confiables es algo difícil y raro. Editores y libreros son muy reticentes al momento de tener que hacer públicos sus números, muy probablemente para evitar el control fiscal de sus ganancias. Por ejemplo, la Cámara Argentina del Libro (CAL) publica información estadística anual, aunque no referida a volumen de ventas sino a cantidad de títulos y de ejemplares.

En cuanto a la necesidad investigativa de segmentar adecuadamente estas industrias culturales o industrias creativas, en el sentido de poder clasificar y construir tipologías que las agrupen en función de algún criterio ordenador; según Martín Becerra, Pablo Hernández y Glenn Postolski (2003) en Argentina estas diferentes actividades funcionan con distintas “lógicas”, o sea con distintas rutinas de producción, con distintos soportes materiales, y con distintas contrataciones laborales. Una segmentación adecuada podría ser entonces, las industrias audiovisuales de flujo continuo (radio, televisión) y de flujo discontinuo (cinematografía), y las industrias editoriales de flujo continuo (diarios y revistas) y de flujo discontinuo (nuestro tema: los libros). No obstante, con el cambio desde lo analógico hacia lo digital, y con la convergencia tecnológica, las fronteras entre el complejo editorial y el complejo audiovisual tienden a desaparecer –pensemos por ejemplo en la aparición del libro en formato digital, que obliga a redefinir muchas de las costumbres habituales propias del lector tradicional-.

Por otra parte, la industria del libro es un sector económico que en Argentina produce publicaciones destinadas mayormente a dos espacios de consumidores: el de la educación (textos escolares, científicos y técnicos, etcétera), y el de la cultura en sentido amplio (ficción, entretenimiento, etcétera). De tal forma, tiene como condición necesaria la existencia de un público alfabetizado, siendo que a su vez contribuye con la alfabetización pública, estando vinculada así a los procesos formativos fundamentales de la población de nuestro país, en mayor medida que los medios audiovisuales por ejemplo. Asimismo, la producción de libros depende en Argentina casi en su totalidad del sector privado, aunque no debe ignorarse el trabajo realizado por algunas editoriales universitarias, en particular por Eudeba, la editorial de la Universidad de Buenos Aires, que hacia finales de la década de 1950 y bajo la gestión de su primer editor Boris Spivacow, se convirtió en una de las editoriales más importantes y prestigiosas de América

Latina². Los actores más importantes que participan del funcionamiento de la industria del libro son: los escritores, las empresas editoriales³, las empresas gráficas, las empresas proveedoras de tecnología e insumos para la producción de libros, las empresas distribuidoras, las librerías, el Estado, y los lectores. Hacia finales de la década de 1940 y comienzos de la de 1950 la industria argentina del libro tuvo, en términos relativos, su mayor auge. Estos años de mayor producción formaron parte de procesos económicos, sociales y políticos en los que el Estado nacional impulsó fuertemente el crecimiento industrial. Los puntos más altos en cuanto a cantidad de ejemplares ofertados en el mercado fueron el año 1953 (segundo gobierno peronista, con más de 50 millones) y el año 1974 (tercer gobierno peronista, con casi 50 millones). En cambio, los puntos más bajos se verificaron en momentos de incertidumbre e inestabilidad: el año 1958 (transición entre la dictadura militar y el gobierno de Frondizi, por debajo de los 15 millones), y los años 1982-1983 (guerra con el Reino Unido y transición entre la dictadura militar y el gobierno de Alfonsín, también por debajo de los 15 millones)⁴. Entre los años 1940 y 1950, el crecimiento de la industria del libro en nuestro país permitió la presencia de ejemplares argentinos en el mercado hispanoparlante, ocupando buena parte del mercado de España y de países como Colombia y Venezuela, que tiempo después se convertirían en importantes productores de libros. Desde los años 30 y hasta los años 70 del siglo XX, apareció un conjunto de grandes editoriales nacionales –como Claridad, Emecé, Losada, Peuser, Sudamericana y otras, actualmente desaparecidas o en poder de capitales extranjeros- que, centradas en el mercado interno, tuvieron una gran capacidad de producción y reproducción, lo cual les permitió “exportar a diferentes mercados las obras de autores argentinos de renombre, como también a las más importantes figuras de la literatura latinoamericana, quienes elegían a las editoriales argentinas para publicar sus trabajos” (Becerra, Hernández y Postolski, 2003: 75). Actualmente, sólo una parte minoritaria de la población argentina accede al consumo de libros, si exceptuamos los educativos de lectura obligatoria, y muy probablemente, la situación empeora a medida que nos alejamos de la Capital Federal.

Respecto de las organizaciones e instituciones que influyen en la vida del libro de nuestro país, podemos nombrar a: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), la Sociedad de Escritoras y Escritores de Argentina (SEA), y ARGENTORES –las tres representan a los autores-, la Cámara Argentina del Libro (CAL) –representa a las empresas editoriales-, la Agencia Argentina de ISBN (*International Standard Book Number*), que es administrada por la CAL, las bibliotecas públicas, la Federación Argentina de la Industria Gráfica y Afines (FAIGA), la Federación Argentina de Trabajadores de la Imprenta, Diarios y Afines (FATIDA), la Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina (ABGRA), la Fundación El Libro, la Cámara Argentina de Publicaciones (CAP), la Feria Internacional del Libro

² Posteriormente (mediados de la década de 1960), Boris Spivacow fue el editor de otra importante editorial argentina: el Centro Editor de América Latina (CEAL).

³ Los editores articulan la producción intelectual y material, se vinculan con los diversos actores y convierten la obra de autor en libro.

⁴ Datos tomados de Octavio Getino (1995).

de Buenos Aires, la Feria del Libro Independiente y Alternativa (FLIA), la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (CONABIP), dependiente de la Secretaría de Cultura de la Nación, la Dirección Nacional del Derecho de Autor, dependiente del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, la Dirección de Industrias Creativas – Opción Libros, dependiente del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, etcétera⁵.

Según Octavio Getino (1995), las relaciones entre los actores más importantes de la industria argentina del libro son similares a las que existen en la mayor parte del mundo: el autor, por iniciativa propia o por pedido del editor, elabora una obra determinada, que registra a su nombre para preservar el derecho de propiedad intelectual. Asimismo, otorga por un tiempo y para territorios determinados el derecho de autor al editor, el cual puede a cambio pagarle una cantidad de dinero y/o estipular un porcentaje aplicado al precio de tapa, que es liquidado periódicamente en función de las cifras de ventas. Además del autor y del editor, y de otros actores que ya hemos nombrado, aparecen otras instancias que al complementarse constituyen un sistema complejo de interrelaciones: el diseño gráfico, las traducciones, las correcciones de estilo, los suplementos de cultura en los periódicos más importantes, la crítica literaria, las revistas especializadas, los premios y concursos literarios, etcétera.

En cuanto a las empresas editoriales, sus políticas comerciales pueden variar desde una política de altos precios y tiradas reducidas, para intervenir en mercados especializados (libros científicos y técnicos, libros de arte, etcétera) hasta una política de bajos precios y grandes tiradas, para intervenir en mercados masivos (libros escolares, libros de entretenimiento, etcétera). En términos genéricos, una mayor cantidad de ejemplares por título se corresponde con un menor costo por ejemplar, aunque esto no signifique que los libros de mayor tirada obtengan mayores beneficios que los libros de menor tirada. La estructura de costos se establece con los costos editoriales (porcentaje para derecho de autor, traducción, y otros), los costos de fabricación (porcentaje para composición, impresión, insumos, y otros), y los costos de comercialización (porcentaje para distribución, publicidad, y otros). Muchas veces, las empresas editoriales compensan el “déficit” de algún título menos vendible con el “superávit” de otro más vendible. No obstante, lo cierto es que para la mayoría de ellas, el libro ideal es aquel que vende la mayor cantidad posible de ejemplares en el menor tiempo posible –fundamentalmente, desde que la industria argentina del libro comienza a estar gobernada por la lógica de la globalización económica (años 90 y posteriores)-. El peligro, en términos de un posible deterioro cultural, es por supuesto una producción serial, homogénea y masiva de unos contenidos superfluos y vacuos.

⁵ En el ámbito internacional, tenemos al Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), dependiente de la UNESCO, la Federación Internacional de Libreros (IBF), y la *International Publisher Associations* (IPA) o Unión Internacional de Editores.

Posteriormente a las décadas de 1940 y 1950 que fueron los años de mayor auge, y al menos hasta la década de 1980 inclusive –posteriormente analizaremos el comportamiento del sector durante los años 1990 y 2000-, la industria argentina del libro verificó diversas dificultades que se tradujeron, más allá de algunos buenos momentos puntuales, en un descenso de la actividad. Distintos elementos contribuyeron negativamente para este resultado. En primer lugar, la inestabilidad económica durante este período, con impacto directo en la especulación financiera y en el financiamiento de la producción industrial –incluida la industria del libro-, así como en el poder adquisitivo de la población. En segundo lugar, los cambios en los usos del tiempo libre y del ocio, que se tradujeron en un mayor consumo de medios audiovisuales. En tercer lugar, los impuestos aplicados a la importación de bienes de capital, maquinaria e insumos destinados al sector gráfico. Aunque durante este período se verificaron algunas inversiones (compras en el exterior de maquinaria para imprenta), esto no alcanzó para impedir una obsolescencia tecnológica y una pérdida de competitividad de la industria argentina del libro, respecto a potenciales competidores hispanohablantes del extranjero, como las industrias de España, de México, de Colombia, de Venezuela y de Chile, las cuales a su vez, mejoraron sus condiciones en términos de costos de producción, innovación tecnológica, títulos ofertados y políticas estatales de incentivo a la producción de libros en esos países. Y en cuarto lugar, la reproducción ilegal de libros por medio de métodos de copiado, en particular libros científicos y técnicos propios de la educación universitaria.

Durante los años comprendidos entre 1981 y 1990⁶, la cantidad de ejemplares exportados fue alrededor de 55 millones, una cifra muy inferior a la contabilizada durante la década anterior –más de 150 millones- e incluso muy inferior también a la contabilizada durante la década de 1940 –más de 120 millones-. La exportación de libros estuvo orientada casi en su totalidad a los países hispanohablantes, los educativos representaron alrededor del 70 % y los de divulgación cultural y de entretenimiento alrededor del 30 %. Asimismo, la relación entre las importaciones y las exportaciones de libros fue superavitaria para la Argentina en más de 30 millones de dólares, con un promedio de unos 3 millones de dólares por año entre 1981 y 1990.

Legislación y políticas culturales

Hay que reconocer como premisa que la regulación de una actividad como la industria argentina del libro, no depende exclusivamente de las leyes y las reglamentaciones jurídicas. Esto quiere decir que además de lo legal –la situación de derecho-, hay que analizar también lo factual –la situación de hecho-, o sea, la estructura asimétrica de poder económico y simbólico (y en el caso de algunas empresas editoriales “prestigiosas”, ambos poderes están inextricablemente mezclados), dentro de la cual los distintos agentes del espacio editorial se posicionan diferencialmente, y desde la cual compiten y/o colaboran. Dicho esto,

⁶ Datos producidos por la Cámara Argentina del Libro y por el INDEC, tomados de Octavio Getino (1995).

lo cierto es que el análisis de la legislación referida al sector representa una entrada privilegiada para dilucidar su funcionamiento y dinámica. Al respecto, existen diversas leyes y reglamentaciones jurídicas que atañen, de forma directa o indirecta, a la vida del libro en Argentina. Veámoslas.

En primer lugar⁷, la Ley 11723 referida al régimen legal de la propiedad intelectual, promulgada en el año 1933 y modificada –actualizada- sucesivamente⁸, consagra el derecho de propiedad intelectual de las obras científicas, literarias y artísticas a sus autores durante su vida, y a sus herederos o derechohabientes hasta setenta años después de la muerte del autor. Dicha ley determina que el derecho en relación con la obra supone para su autor la facultad de disponer de ella, de publicarla, de ejecutarla, de representarla, de mostrarla en público, de enajenarla, de traducirla, de adaptarla y de reproducirla en cualquier forma. Asimismo, en un apartado referido a la edición, se determina que hay contrato de edición cuando el autor de una obra intelectual se obliga a entregarla a un editor y éste a reproducirla, difundirla y venderla.

En segundo lugar, la Ley 20380 o Ley del Libro, promulgada en el año 1973, consagra como de interés nacional la promoción, producción, comercialización y difusión del libro argentino y el cumplimiento de los objetivos fundamentales de la política nacional del libro, definiéndola como: el incremento de la producción de libros y el constante aumento de sus tiradas; el estímulo a la libre circulación del libro argentino dentro y fuera del territorio nacional; el estímulo a la edición de obras de autores argentinos; la defensa del patrimonio literario y bibliográfico nacional; la defensa de los derechos morales y patrimoniales del escritor en los planos nacional e internacional; el estímulo a la comercialización del libro argentino en todas sus etapas; un adecuado tratamiento impositivo para quienes intervienen en el proceso editorial; el estímulo a la difusión del libro a través de los modernos medios de promoción, publicidad y propaganda; la promoción de una conciencia pública acerca de la función que juega el libro en la sociedad contemporánea; el suministro de los recursos financieros y técnicos suficientes que aseguren el normal desenvolvimiento de las bibliotecas; el afianzamiento de las industrias argentinas proveedoras de materias primas y materiales gráficos necesarios para la producción de libros; el reequipamiento y perfeccionamiento tecnológico de la industria gráfica argentina; el estímulo a la creación y sostenimiento de organismos de capacitación para la formación y perfeccionamiento de la actividad editora y librera y de técnicos en las artes

⁷ En realidad, en primerísimo lugar está el artículo 17 de la Constitución de la Nación Argentina, que dice: "...todo autor o inventor es propietario exclusivo de su obra, invento o descubrimiento, por el término que le acuerde la ley..."

⁸ Las modificaciones y actualizaciones se expresaron en otras tantas leyes: Ley 17753 del año 1968 (Propiedad Intelectual); Ley 20098 del año 1973 (Propiedad Intelectual); Ley 20115 del año 1973 (reconocimiento de Argentores como institución de incumbencia); Ley 23741 del año 1989 (Derechos de Autor); Ley 24249 del año 1993 (Derechos de Autor); Ley 24870 del año 1997 (Derechos de Autor); Ley 25006 del año 1998 (Derechos de Autor); Ley 25036 del año 1998 (Propiedad Intelectual); Ley 25847 del año 2004 (Derechos de Autor); y Ley 26570 del año 2009 (Propiedad Intelectual).

gráficas y las actividades conexas relacionadas con el libro; la gestión de un registro nacional de impresores, editores, distribuidores y librerías; y por último la promoción y estímulo de la artesanía gráfica argentina en sus distintas especialidades y a las mejores ediciones desde una perspectiva gráfica y editorial. No obstante la intencionalidad explícita de promoción de la industria del libro, dicha ley no llegó a ser reglamentada.

En tercer lugar, la Ley 25446, promulgada en el año 2001, que deroga y sustituye a la ley 20380. Digamos que al momento de sancionarse la ley, se suprimieron algunos artículos que hubieran neutralizado ciertos desequilibrios, como el hecho de que mientras el librero cuenta con la exención del impuesto al valor agregado, el editor no (estos artículos suprimidos eximían del pago de dicho impuesto a todas las instancias intermedias de la producción). La supresión de estos artículos termina coadyuvando a la concentración de la industria del libro en Argentina: mientras los grandes grupos editoriales, de capitales extranjeros, importan buena parte de los libros que venden en nuestro país (producción externa), los pequeños emprendimientos son perjudicados debido a que producen internamente.

En cuarto lugar, la Ley 25542, promulgada en el año 2002, determina que los editores, importadores o representantes de libros deben fijar un precio uniforme de venta al público (PVP) o consumidor final de los libros que edite o importe. Por último y en quinto lugar, la Ley 22399, promulgada en el año 1981, determina que todo libro editado en la República Argentina debe llevar impreso el número del Sistema Internacional Normalizado para Libros (I.S.B.N. *International Standard Book Number*). El I.S.B.N. es la identificación individual del libro, al distinguirlo de cualquier otro, y tiene validez universal.

La industria argentina del libro durante los años 90

La aplicación de un modelo económico y político neoliberal durante los años 90 produjo una serie de consecuencias destinadas a perdurar por mucho tiempo en la sociedad argentina. Ya a comienzos de la primera administración del presidente Carlos Menem (1989-1995), y por intermedio de dos leyes fundamentales –de Reforma del Estado y de Emergencia Económica-, el consenso neoliberal impulsó una serie de reformas estructurales -apertura comercial, privatizaciones y desregulación-. No obstante, ellas solas no generaron la estabilidad deseada, y hubo que esperar hasta 1991 con el plan de Convertibilidad para conseguirla. Dicho esto, la economía argentina pudo estabilizarse, aunque no consiguió un crecimiento sustentable. Por lo tanto, la implementación de las políticas neoliberales no propició sino que obliteró la conformación de un proceso endógeno de crecimiento. Aún así, estas reformas estructurales permitieron articular, al menos hasta 1995, a las distintas fracciones del nuevo poder económico en Argentina –los acreedores externos, y lo que se denomina como capital concentrado interno (los grandes grupos económicos, nacionales y extranjeros)- en una “comunidad de negocios” (Basualdo, 2000), a través de una cuádruple transferencia de ingresos (Castellani, 2002): desde el trabajo hacia el capital (concentración), desde las pequeñas y medianas empresas hacia las

grandes (centralización), desde el sector público hacia el sector privado y desde la economía interna hacia la externa por el pago de la deuda y la fuga de capitales. Ahora bien, desde 1995 muchos grupos económicos nacionales comenzaron a vender a capitales extranjeros sus activos parcialmente o totalmente, lo que significó un repliegue estratégico. Esto produjo tres efectos: en primer lugar, la extranjerización creciente de las fracciones capitalistas más concentradas; en segundo lugar, el aumento de la fuga de activos financieros al exterior; y en tercer lugar, la conformación de dos proyectos contrapuestos -el devaluacionista (los más importantes grupos económicos nacionales y algunos grupos económicos extranjeros, ambos exportadores y con gran cantidad de activos financieros en el exterior) y el dolarizador (las empresas transnacionales con activos fijos en empresas privatizadas)- entre las distintas fracciones del capital concentrado interno. De esta forma, la comunidad de negocios gestada en la primera mitad de la década de 1990, comenzó a romperse en la segunda mitad.

Este es el contexto mayor desde el cual puede comprenderse la evolución de la industria del libro en Argentina durante este período, que experimentó una modificación sustancial de sus estructuras de funcionamiento y de sus criterios de propiedad, producción y consumo, lo cual significó la terminación de la lógica del negocio de tradición familiar y de las grandes editoriales nacionales. Por esta época, la industria del libro en Argentina tuvo un crecimiento en términos cuantitativos, que paradójicamente no se correspondió, por ejemplo, con una efectiva recuperación del libro de literatura de autor argentino. Tal como dice Malena Botto (2006), la paradoja es sólo aparente, y se explica cuando se constata la adquisición de empresas editoriales por parte de capitales extranjeros, los cuales no pueden ser entendidos como “agentes culturales” en sentido típico, por más que, como impulsores de nuevas políticas de producción y circulación del objeto-libro, produzcan claramente efectos en términos culturales. Al respecto, estos grandes grupos editoriales conciben al objeto-libro como “‘bien cultural’ en tanto producto para la acumulación irreflexiva o el consumo inmediato” (Botto, 2006: 214), concepción que además se articula orgánicamente con el imaginario de los medios masivos. Aparte de estos grandes grupos editoriales, perduran o aparecen pequeños emprendimientos, cuyas políticas editoriales son sensiblemente diferentes. Circunscribiéndonos al ámbito del libro de literatura de autor argentino, es válido entonces hablar, tal como hace Botto, tanto de una *concentración* como de una *polarización* de la industria argentina del libro. Queremos decir con esto -simplificada y esquemáticamente-, que mientras la concentración del sector significó el avance de grandes grupos editoriales con predominio de una lógica puramente comercial o económica en detrimento del elemento literario o cultural, su polarización significó la aparición contrapuesta de pequeños emprendimientos que intentaron conservar la esencia propiamente literaria y cultural de su actividad –sin que esto signifique idealizar ingenuamente o románticamente a estos pequeños emprendimientos como representantes de una pureza espiritual de la cultura: son, en definitiva, proyectos regulados en último término por condiciones y condicionamientos de índole comercial y económica-. No obstante, sería equivocado entender dicha contraposición en los términos de una “resistencia” de los pequeños emprendimientos con respecto a los grandes

grupos editoriales, hay que entenderla más bien como una circulación alternativa y restringida de libros.

Las condiciones económicas durante los años 90 posibilitaron que las empresas –de toda índole, no solo editoriales- obtuvieran altos niveles de rentabilidad. Ahora bien, la industria del libro en particular conservó estos altos niveles de rentabilidad incluso hacia el final de la década, cuando el modelo económico comenzaba su decadencia. Según datos del Centro de Estudios para la Producción (CEP) del año 2005, dependiente del Ministerio de Industria de la Nación, durante los años 90 la producción de libros tuvo un fuerte crecimiento (en claro contraste con los años 80), editándose un promedio anual de más de 50 millones. Durante la primera mitad de la década, este fuerte crecimiento sintonizó con el de otros sectores industriales. En 1995 y 1996, la crisis mexicana impactó en todos los mercados mundiales, significando un decrecimiento de la producción de libros en Argentina. No obstante, durante el resto de la segunda mitad de la década, la actividad volvió a crecer, aún en un contexto de recesión económica y alto desempleo. Es más, la mayor parte de las fusiones y adquisiciones de empresas editoriales por parte de capitales extranjeros se produjeron entre 1997 y 2000, momento en que, para otros sectores industriales, los capitales tuvieron una actitud más cautelosa. Estos capitales extranjeros llegados en los últimos años de la década, controlan cerca del 75 % del mercado argentino de libros. Anteriormente había llegado el grupo editorial Norma, de origen colombiano, que compró en 1991 la editorial Tesis y en 1994 la editorial Kapelusz. En cuanto a los capitales españoles, el grupo editorial Planeta ocupa el primer lugar en volumen de ventas, y actualmente está integrado por: la propia Planeta⁹, Seix Barral, Ariel, Espasa Calpe, Crítica, Emecé, Temas de Hoy, Paidós, Destino, Martínez Roca y otras. La editorial Sudamericana, una tradicional empresa argentina de libros, ocupa el segundo lugar de ventas¹⁰. Hacia mediados de los años 80 se había vinculado con Planeta, para luego desvincularse en los años 90, y posteriormente ser comprada por el grupo editorial Random House Mondadori¹¹, que actualmente está integrado por: además de Sudamericana y la propia Mondadori, Grijalbo, Lumen, Debate, Plaza & Janes, Roca, y otras. Otro grupo editorial con presencia es Prisa Santillana, de origen español, que actualmente está integrado por: la propia Santillana, Alfaguara, Taurus, Aguilar, Altea, y otras. En este contexto de fuerte desnacionalización de la industria del libro en Argentina, los años de mayor rentabilidad para el sector fueron 1997 y 1998, siendo 1999 y 2000 los de mayor

⁹ La editorial Planeta fue creada en Barcelona hacia finales de la década de 1940. Es la empresa más importante del grupo.

¹⁰ Hacia finales de la década de 1930, un grupo de intelectuales argentinos, entre los que estaban Victoria Ocampo y Oliverio Girondo, creó la editorial Sudamericana con el objetivo de difundir autores sudamericanos así como también traducir y divulgar la literatura extranjera contemporánea. Para concretar el proyecto, se buscó a un editor con experiencia, Antonio López Llausás, que había salido de España a causa de la Guerra Civil. Desde entonces, Sudamericana ha tenido una presencia importante en el ámbito cultural argentino.

¹¹ Random House Mondadori es un grupo editorial de idioma español, creado a comienzos de la década de 2000 tras la fusión de Random House, la mayor editorial de los Estados Unidos de América (perteneciente a Bertelsmann, de origen alemán) y Mondadori (de origen italiano).

producción, aunque con una rentabilidad menor, debido a que buena parte de las ediciones por aquel entonces fueron colecciones a bajo precio divulgadas por los medios masivos.

En cuanto a las políticas editoriales de los grandes grupos durante este período, tenemos el fenómeno de reducción de las tiradas. Únicamente los *best-sellers* o ciertos libros específicos –como los escolares- tuvieron tiradas que superaron los 5 mil ejemplares por título. Incluso con algunas obras de éxito comercial, al principio se eligió la estrategia de tiradas reducidas y sucesivas reimpressiones. Asimismo, el posicionamiento competitivo de los grandes grupos editoriales fue muy agresivo, ocupando espacios sin miramientos, lo cual produjo por ejemplo la aparición de libros por fuera del circuito de las librerías, en lugares no tradicionales que por definición son hostiles a su presencia, y por lo tanto produjo también la pérdida de visibilidad de la figura del librero. Otro fenómeno fue la fuerte diversificación de la oferta: los muchos, demasiados libros que comenzaron a ofrecerse –aunque éste fue un fenómeno global, no sólo nacional-, dominados por un criterio de novedad y obsolescencia: aquellos que no eran rápidamente vendidos eran quitados y cambiados por otros nuevos, y eventualmente volvían a ser colocados para la venta con un precio de oferta.

Ahora bien, el funcionamiento de los grandes grupos editoriales no es tan simple ni puede reducirse a una lógica de blanco y negro. Además de lo ya descrito, ellos también suelen contratar a editores con experiencia en editoriales independientes, con buen criterio literario y cultural, así como también disponen de recursos para comprar los derechos de autor que entiendan oportunos. De esta forma, cuentan con títulos y colecciones “interesantes” de narrativa contemporánea argentina y latinoamericana, aunque lo habitual es que publiquen a escritores prestigiosos previamente consagrados tanto por la crítica especializada como por el gran público. Por lo tanto, por más complejo que sea el funcionamiento que estamos describiendo, lo cierto es que los grandes grupos editoriales tienen aversión al riesgo, no aventurándose a publicar autores desconocidos o legitimados únicamente en círculos minoritarios. En cuanto a los escritores prestigiosos previamente consagrados, compran los derechos de autor si antes han publicado algún título con relativo éxito de ventas, y la aparición de una colección de autor se relaciona más con la acumulación de una cantidad de derechos de autor suficiente como para hacerla factible, que con decisiones de índole literaria y cultural. Dicho esto, las consecuencias de este funcionamiento se extienden más allá, hasta influir en la propia reconfiguración del espacio literario argentino durante los años 90, interviniendo en los mecanismos de consagración, atrayendo a escritores legitimados por la crítica especializada, y coadyuvando junto con los medios masivos a instalar debates entre intelectuales y escritores.

Durante el último tercio de los años 90, Planeta con Seix Barral y Emecé, y Prisa Santillana con Alfaguara, son las presencias más fuertes en lo que se refiere a literatura. Sudamericana, al haber sido comprada por Random House Mondadori, pierde su anterior lugar de preeminencia –este grupo publica literatura en menor medida, y a veces lo hace a través de la propia Mondadori, relegando así a

Sudamericana-. Muchas obras publicadas en los años 80 y comienzos de los años 90 por Sudamericana son reeditadas durante la década por el grupo editorial Planeta. Y el grupo editorial Norma conserva una presencia significativa aunque no dominante. No obstante, esto no debe hacernos pensar en un reparto “pacífico” del mercado por parte de los capitales extranjeros que controlan a los grandes grupos editoriales. Al contrario, “su política es omnívora y altamente competitiva” (Botto, 2006: 219).

En cuanto a las “editoriales independientes”, tenemos una gran cantidad de pequeños emprendimientos. La década de 1990 tiene su apertura y su clausura con la aparición de Beatriz Viterbo Editora (en 1991) y de Adriana Hidalgo Editora (en 1999). Asimismo, durante este período dejan de funcionar algunas –como Puntosur por ejemplo-, otras se fusionan –como Celtia y Gedisa-, y otras que habían aparecido durante este período desaparecen antes del cambio de década –como Juan Genovese Editor-. Además de las nombradas, otras editoriales que aparecen son: Letra Buena, Paradiso, Bajo la Luna y Simurg, entre otras. Subsisten además algunas que habían aparecido en los años 60, 70 u 80, como De la Flor, Corregidor, Último Reino, Colihue y Biblos, entre otras. La Rosa Blindada, una histórica editorial de vanguardia en los años 60 y 70, reaparece en la década de 2000. Debido a que usualmente no acceden a los medios masivos para difundir sus productos –eventualmente, en los suplementos de cultura de algún periódico importante-, estas editoriales suelen utilizar internet a tal efecto, o las revistas especializadas. Por otra parte, sus tiradas son reducidas, y la rentabilidad por título que obtienen es mucho menor si se compara con la obtenida por los grandes grupos editoriales. En estas editoriales suelen publicar escritores que no son *best-sellers* o escritores que quieren publicar por primera vez. Por último, puede decirse que se conciben a sí mismas como agentes culturales más que como empresas con fines de lucro. En este sentido, para Adriana Astutti y Sandra Contreras (2001: 768), editoras de Beatriz Viterbo Editora, ante la pregunta ¿de qué hablamos cuando hablamos de edición independiente? responden: “fundamentalmente, independencia con respecto al imperativo de la máxima rentabilidad, lo que, unido a la prioridad otorgada a la calidad y al valor cultural del libro (por encima de su otro aspecto de bien económico y producto de la industria cultural), confiere al editor una autonomía de decisión que (...) ‘acaba generalmente por crear condiciones más propicias para que la edición de libros alcance sus más altos niveles de compromiso como función cultural en la sociedad’”.

La industria argentina del libro durante los años 2000

El contexto de crisis, recesión y devaluación durante los comienzos de la década del 2000 generó una modificación en las políticas comerciales del sector, debido a que el negocio de las editoriales está sujeto a una relación sensiblemente “elástica” entre la variación de la venta de los libros (variable dependiente) y la variación del ingreso de los consumidores (variable independiente), y además está fuertemente vinculado al mercado interno. La estrategia de los grandes grupos editoriales –por cierto, nada nueva- consistió entonces en publicar una menor

cantidad de títulos, así como tiradas más reducidas, que fueran obras de escritores consagrados, y reeditar títulos exitosos en ventas. En contraposición, los años 2000 también significaron la aparición de nuevas editoriales independientes: Eterna Cadencia Editora, Editorial Entropía, La Bestia Equilátera, Eloísa Cartonera, El Cuenco de Plata, Adriana Hidalgo Editora, etcétera.

Por otra parte, los precios del sector crecieron sensiblemente por los aumentos de los insumos, la mayoría productos importados. No obstante, la nueva coyuntura significó también la oportunidad de una recomposición para el sector. Disminuyeron fuertemente las importaciones, al menos hasta el año 2003 –en los años 90, la importación de libros estuvo eximida del pago de impuestos¹²–, y hubo perspectivas más competitivas para las exportaciones. Los diagnósticos realizados durante los comienzos de la década delineaban las tendencias predominantes: la concentración y desnacionalización de la industria del libro en Argentina (sólo 20 empresas dominaban el mercado, y ninguna de ellas era de capital nacional); el predominio de los capitales extranjeros que controlaban a los grandes grupos editoriales en las instancias de producción y distribución, reforzando así la dependencia cultural; un proceso de integración horizontal en el segmento de la comercialización (librerías), donde confluían tanto capitales nacionales como extranjeros; los capitales extranjeros que controlaban a los grandes grupos editoriales eran quienes estaban en mejores condiciones de superar la crisis; y si bien la nueva coyuntura significaba también la oportunidad de una recomposición para el sector, las políticas para impulsar el crecimiento estarían definidas desde la planificación regional de los grandes grupos editoriales, al ser las empresas que operan en nuestro país sus filiales (Becerra, Hernández y Postolski, 2003).

No obstante, efectivamente desde 2003 puede verificarse una recomposición positiva del sector. Según datos del Centro de Estudios para la Producción (CEP) del año 2008, durante este período los segmentos temáticos más importantes que publican las editoriales son: interés general (literatura, temas de actualidad, periodísticos), texto (educación primaria, secundaria, enseñanza de idiomas), científico-técnico-profesional (ciencias, artes y oficios), y religioso (religión, teología y orientalismo). En cuanto a la estructura del mercado, la venta al público de libros alcanza para 2007 los 2000 millones de pesos. Teniendo en cuenta que las editoriales realizan un descuento promedio del 50% a las librerías, se puede establecer un valor de mercado para la actividad editorial de alrededor de 1000 millones de pesos. Por estos años existen en el país alrededor de 300 empresas editoriales que emplean en forma directa alrededor de 7800 trabajadores. En cuanto a la distribución geográfica, casi el 75% de los títulos se editan en la Capital Federal, el 10% en la provincia de Buenos Aires, el 5% en Córdoba, un poco menos de 5% en Santa Fe, y el restante en las demás provincias del interior

¹² Tal como dicen Becerra, Hernández y Postolski (2003: 81), “en los años 90 se dio la paradoja de ser más barato traer un libro de España, que realizarlo en la Argentina. El libro importado era atípico hasta la década del 70: alrededor del 80 % de lo que se vendía era de industria nacional. En cambio, la tendencia se revirtió en los 90 cuando el 70 % de los libros que se comercializaban eran importados”.

del país. En cuanto a la evolución del sector entre 2003 y 2007, durante este período la actividad editorial crece fuertemente. La cantidad de ejemplares publicados se incrementa casi en un 175%, pasando de 33 millones en 2003 a 90 millones en 2007. En cuanto al comercio exterior, la relación entre importaciones y exportaciones es deficitaria después de 2003. Por más que las exportaciones crecen un 50% entre 2003 y 2007, las importaciones casi se triplican. Las ventas externas del sector llegan en 2007 a poco más de 40 millones de dólares. Al mismo tiempo, las importaciones llegan a poco más de 90 millones, lo cual determina un déficit comercial de 50 millones de dólares para ese año. En cuanto a las exportaciones puntualmente, los destinos más importantes de las ventas externas en 2007 son los países latinoamericanos: México (un poco más del 15%), Chile (un poco menos del 15%), Perú (un poco menos del 10%), Brasil (un poco menos del 10%) y Venezuela (un poco más del 5%). También son importantes España (un poco más del 5%) y Estados Unidos de América (5%). Asimismo, las exportaciones están progresivamente menos concentradas, lo cual puede verificarse en el hecho de que los restantes destinos se llevan en 2007 el 35 %, mientras que durante los años 90 el promedio no llegaba al 10%. En cuanto a las importaciones puntualmente, y a diferencia de lo que se verifica con las exportaciones, la tendencia observada durante los años 90 en relación a la concentración de mercado se conserva inmodificable hasta 2007: España concentra casi el 50% de las importaciones, distribuyéndose el resto entre un grupo minoritario de países tradicionales, con la excepción de China que aparece en 2007 como un nuevo país vendedor, fundamentalmente conectado al segmento infantil.

Conclusiones

De todo lo antedicho, podemos concluir diciendo que el tema de los libros, las ediciones y las editoriales, ha comenzado a ganar mayor importancia dentro de las ciencias sociales, tanto nacional como internacionalmente. Por otra parte, la industria argentina del libro está teniendo, de forma creciente, una significación no sólo cultural sino también económica, en la medida que participa de un sector tan dinámico como lo es el de las industrias culturales o industrias creativas. Al menos desde los años 90, ella está además fuertemente globalizada en el sentido de una importante extranjerización y transnacionalización de los grandes capitales que dominan el mercado interno. Por su parte, la legislación que regula al sector no contribuye a neutralizar esta tendencia.

Estos procesos han producido como consecuencia tanto una concentración como una polarización de la industria argentina del libro: concentración como el avance de grandes grupos editoriales con predominio de una lógica puramente comercial o económica en detrimento del elemento literario o cultural, polarización como la aparición contrapuesta de pequeños emprendimientos que intentaron conservar la esencia propiamente literaria y cultural de su actividad.

Finalmente, la industria argentina del libro experimentó un importante crecimiento durante el período 2003-2007. Tanto la producción como las exportaciones

tuvieron una buena *performance*, junto con una expansión en el empleo del sector. Al mismo tiempo, las importaciones recuperaron la posición que ocuparon durante la década anterior. Las perspectivas negativas que se abrieron a partir de 2008, momento en que comenzó a verificarse una crisis financiera y económica de dimensión internacional aunque con claros efectos en el ámbito nacional, puso en evidencia las debilidades y amenazas que afectan al sector, aunque también las fortalezas y oportunidades de una actividad que como anteriormente se dijo, tiene una significación creciente no sólo por su valor simbólico sino también por su valor material.

BIBLIOGRAFÍA

- Astutti, Adriana y Sandra Contreras (2001): "Editoriales independientes, pequeñas... Micropolíticas culturales en la literatura argentina actual", en *Revista Iberoamericana*, nº 197, octubre-diciembre.
- Basualdo, Eduardo (2000): *Acerca de la naturaleza de la deuda externa y la definición de una estrategia política*, UNQui-FLACSO-Página/12, Buenos Aires.
- Becerra, Martín y Guillermo Mastrini (2006): "Senderos de la economía de la comunicación: un enfoque latinoamericano", en *Cuadernos de Información y Comunicación*, vol. 11, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Becerra, Martín, Pablo Hernández y Glenn Postolski (2003): "La concentración de las industrias culturales", en (varios autores) *Industrias culturales: mercado y políticas en Argentina*, Ciccus, Buenos Aires.
- Botto, Malena (2006): "1990-2000. La concentración y la polarización de la industria editorial", en José Luis De Diego, (dir.): *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1999): "Una revolución conservadora en la edición", en *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires.
- Castellani, Ana (2002): "Implementación del modelo neoliberal y restricciones al desarrollo en la Argentina contemporánea", en Martín Schorr, (et. al.): *Más allá del pensamiento único. Hacia una renovación de las ideas económicas en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.
- Castells, Manuel (2006): *La era de la información: economía, sociedad y cultura: la sociedad red*, Siglo XXI Editores, México.
- Getino, Octavio (1995): *Las industrias culturales en la Argentina: dimensión económica y políticas públicas*, Colihue, Buenos Aires.
- Miège, Bernard (2006): "La concentración en las industrias culturales y mediáticas (ICM) y los cambios en los contenidos", en *Cuadernos de Información y Comunicación*, vol. 11, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Mosco, Vincent (2006): "La economía política de la comunicación: una actualización diez años después", en *Cuadernos de Información y Comunicación*, vol. 11, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Muraro, Heriberto (1987): "Economía y comunicación: convergencia histórica e inventario de ideas. Con especial referencia a América Latina", en Heriberto Muraro, *Invasión cultural, economía y comunicación*, Legasa, Buenos Aires.
- Rama, Claudio (2003): *Economía de las industrias culturales en la globalización digital*, Eudeba, Buenos Aires.